



Certezas e incertidumbres de una Historia para el siglo XXI *a partir de la discusión sobre el canon y la historiografía intelectual chilena*

Luis Gueneau de Mussy R.²
Escuela de Historia, UFT

«L'histoire se fait avec des documents. Les documents sont les traces qu'ont laissées les pensées et les actes des hommes d'autrefois.»

Langlois- Seignobos (1898)

«El posmodernismo no rechaza el escrito histórico científico, sino sólo llama nuestra atención al círculo vicioso de los modernos que nos haría creer que nada existe fuera de él. Sin embargo, fuera de él se encuentra el reino entero del propósito y significado histórico.»

Frank Ankersmit (1989)

La historiografía de ser y pensarse como una ciencia certera y bastante infalible durante el siglo XIX, pasó a ser considerada por sus críticos y por muchos de sus practicantes -desde fines del XX y comienzos del siglo XXI- sólo como un discurso más sobre el pasado: ya sea este individual, institucional, colectivo o nacional. i) ¿Qué pasó en dos siglos para que la rigurosa historia científica y metódica de las escuelas historicistas de Ranke, Humboldt, Fustel de Coulanges, Langlois, Lavissee, Seignobos y Monod dieran paso a la historia en migajas que hoy -al finalizar la primera década del nuevo milenio- sigue caracterizando la posmodernidad

historiográfica? ii) ¿Cómo se pueden enfrentar las dudas y las posibilidades actuales de escribir sobre el pasado, sea este colectivo o personal? iii) ¿Qué autores, escuelas, paradigmas o modelos han realmente logrado hacerse cargo de la crisis de representación que originaron las experiencias extremas -de todo orden- durante el siglo XX y de la modernidad en general? Y en un sentido aún más trágico: iv) ¿Qué puede hacer un historiador que no se da por enterado de los avances en filosofía del lenguaje, del estructuralismo, la teoría crítica, de la semiótica, de los estudios culturales, de la cliometría, de la historia de género, del psicoanálisis, de la

deconstrucción, del giro lingüístico, de las nuevas formas de entender y proyectar la experiencia humana, como de muchos otros asuntos? v) ¿Puede competir un relato o narración histórica (tradicional) con cualquier serie de televisión, con algún video-ensayo o video-montaje de www.youtube.com? He aquí algunas ideas de interés para el debate que acabamos de enunciar sobre las certezas e incertidumbres de pensar una/otra historiografía para esta nueva época que recién se abre ante nuestros ojos.

Lo que postula este ensayo es que una alternativa frente a la acechanza posmoderna y la supuesta imposibilidad de escribir historia, se visualiza cuando asumimos que la certeza está en el romanticismo de la pregunta honesta y no en la precisión de la respuesta correcta e inmediata. De esta forma, la historia -y su versión gráfica- pueden intentar separarse del mero ejercicio de mancharse las mangas con la tinta de otros, en el gesto de eternos escribientes, eruditos y amanuenses. En esta línea, que la proposición aquí sea entender que el control del mito por la vista de Heródoto, las referencias de Tucídides, la erudición y la gramática histórica de J. Mabillon, el historicismo de L. Ranke, el estructuralismo de C. Levi Strauss y *Annales*, la historia total de F. Braudel, la historia de las mentalidades de Bloch, la útil categoría de género de J. Scott, los estudios culturales de R. Williams, la operación historiográfica de M. De Certeau, la historia conceptual de R. Koselleck (por nombrar sólo los menos) es una/otra versión del concepto de historia y de su correspondiente forma de escribir el pasado durante los últimos 2500 años. De lo anterior, que podamos suponer que ha llegado la hora de asumir la necesidad de revisar y reconocer los necesarios ajustes de la matriz disciplinar. Desafío-incertidumbre que nos obliga a la apuesta por un cuestionamiento nostálgico y auto-crítico que explore las implicancias que se generan al vincular los conceptos de: canon e historiografía intelectual como un gesto analítico frente al devenir-flujo posmoderno y su gigantesco caudal de movimientos y dudas. Es así como dentro de este nuevo encuadre conceptual se hace posible plantear que la discusión sobre la posmodernidad es la discusión por el canon.

En ese sentido, la utilidad de usar el criterio canon como

problemática, se entiende en la medida que permite estructurar un *campo de fuerza* ficticio y esencialmente inestable pero muy útil a la hora de hacer un balance de lo que son las operaciones historiográficas en el Chile del Bicentenario; en otras palabras, *el canon se entiende hoy a comienzos del siglo XXI, como un gesto-provocación -un umbral ficticio- que se materializa y sólo puede ser, a través de la soberanía del instante y la aporía*. Por eso, si bien puede responder a diferentes criterios -autores, textos, ideas, propuestas programáticas, escuelas, movimientos, etc.- lo único que importa es que este/ese canon pueda ser rebatido y ampliado, como también cercenado y restringido, para de ahí volver a su lugar en una nueva forma. Es decir, cuando hablamos del criterio canon, estamos entendiendo el concepto como la esencia misma por el debate sobre la asignación de valor y el reconocimiento de la historicidad, que todo historiador debe considerar previa aplicación del/los métodos históricos.

En último término, se hace mención de la historiografía intelectual chilena, como el espacio textual donde se hace posible revisar esta lucha por el establecimiento de los regímenes de verdad y legitimidad histórica que hoy siguen disputando lo que María Angélica Illanes ha denominado "la batalla de la memoria".

1. Historiografía y posmodernidad: la pregunta por el canon.

Conocido y etiquetado como un "posmo" o relativista, el matemático, historiador y filósofo holandés Frank Ankersmit se levanta como uno de los teóricos de la historia más provocativos y honestos del último tiempo. De hecho ha podido desarrollar una notable obra que incluye numerosos libros y artículos sobre pensamiento político moderno, teoría y filosofía de la historia, como también la participación y dirección de varias revistas especializadas. Ahora bien, ¿cuál es la postura historiográfica de Ankersmit? ¿qué lo hace significativo como historiador? ¿qué es lo tan provocativo que ha planteado la supuesta "empresa escéptica" (de la que este autor sería parte) para que sea vista con tanta desconfianza y recelo? Considerado lo anterior,

y para establecer un diálogo, hemos seleccionado voluntariosamente su conocido y polémico ensayo "Historiografía y Posmodernismo"- quizás uno de los *paper* más mal leídos del último tiempo. Pensado como un texto experimental y para provocar debate al interior de un seminario, y publicado por primera vez (1989) en la revista *History and Theory* No. 27 y posteriormente en el libro *Historia y Topología* (1994), este trabajo no ha dejado de provocar resquemor e incomodidad. Fundamentalmente reconocemos tres niveles de reflexión en este ensayo; el primero tiene que ver con las nuevas condiciones de época (la posmodernidad) frente a las cuales debe ser re-pensado el texto histórico y la figura del historiador; en segundo lugar nos parece interesante el trabajo desarrollado en torno a los movimientos de la conciencia histórica desde su profesionalización a comienzos del siglo XIX hasta el presente; y por último, destacamos la definición de la teoría y el texto historiográfico posmoderno como a-científico y no como anticientífico. Si bien el ensayo que escogimos fue clave para la discusión histórica de la década pasada, aún creemos oportuno extrapolar dicho debate en vista de la utilidad y significancia para la escena chilena que aún sigue simplificando la crítica contemporánea con la adjetivación de relativista, fragmentaria y sin sentido práctico.

Con respecto de las nuevas condiciones en las que debe ser pensado el texto histórico, los puntos de partida de Ankersmit son: i) la sobreproducción actual en la historiografía, ii) cómo se le debe hacer frente y iii) qué actitud se debe tomar ante esta marejada de historiadores, de nuevos títulos y trabajos sobre el pasado. De ahí que vea como mecanismo para superar la crisis de la historia el generar un nuevo vínculo con el pasado donde se comience por el reconocimiento "completo y honesto" del lugar o "posición" en la que se encuentra todo historiador al escribir historiografía y cuando se involucra como tal en el espacio social. Es por esto que la necesidad imperiosa de renovar teóricamente el escrito histórico y la voluntad de intentar liberarlo de cualquier esencialismo que lo subordine, se levantan como las propuestas significativas del holandés para reubicar el trabajo del historiador en su nuevo espacio post histórico.

"Mi punto de partida en este artículo es la sobreproducción actual en nuestra disciplina... La pregunta crucial ahora es qué actitud debemos tomar respecto de esta sobreproducción de literatura histórica que se disemina como un cáncer en todas las áreas (...) Debemos darnos cuenta de que no hay forma de volver atrás. Se calcula que en este momento hay más estudiosos que efectúan investigaciones históricas que la cantidad total de historiadores desde Herodoto hasta la década de 1960 (...) Sin embargo, lo que sí ayuda y tiene sentido es definir un vínculo nuevo y distinto con el pasado con base en un reconocimiento completo y honesto de la posición en la que ahora nos vemos a nosotros mismos como historiadores... El escrito histórico hoy rompió su saco teórico tradicional y auto-legitimador y, por tanto, necesita ropa nueva"¹.

A su vez, muy provocativa y desafiante resulta la proposición de Ankersmit para justificar el cambio de ropa (teórica); para ello, postula pensar el movimiento de la conciencia histórica moderna a una posmoderna, a partir de la imagen de un árbol que atraviesa por un cambio de estación. Transformismo que según el autor se explicaría, ya que el texto histórico posmoderno estableció una/otra tendencia sostenida con respecto de la tradición esencialista de la Historia y con el pasado escrito como historiografía racional y/o científica. Ya no es posible de entender, visualizar o decodificar *la realidad y el pasado* como si estos tuvieran una esencia última o una explicación en clave. Hoy ya sabemos que hay *pasados*, e incluso, futuros-pasados. En esta lógica, primero habrían sido los filósofos de la historia quienes fijaron su interés en el tronco, para que posteriormente los historicistas se ubicaran en las ramas del árbol, y así quedó la atención en las hojas para los posmodernos. También llama la atención que este autor asocia historia de las mentalidades con historiografía posmoderna. Sin embargo, el problema es que durante la década de los noventa según Ankersmit habría llegado el "otoño a la historiografía occidental", dejando solo hojas viejas a punto de caer sobre hojas ya secas o a punto de deshacerse.

"Me gustaría aclarar el movimiento de la conciencia

histórica que mencionamos líneas atrás, por medio de la imagen siguiente. Comparemos la historia con un árbol. La tradición esencialista dentro del escrito histórico occidental centró la atención de los historiadores en el tronco del árbol. Por supuesto, este fue el caso de los sistemas especulativos, que definieron, por decirlo así, la naturaleza y la forma de su tronco. El historicismo y el escrito histórico y científico moderno, con su atención básicamente encomiable a lo que, de hecho, sucedió en el pasado y su falta de receptividad hacia los esquemas apriorísticos se situaron en las ramas del árbol... Sea que se haya formulado con una terminología ontológica o metodológica, el escrito histórico desde el historicismo siempre pugnó por la reconstrucción de la línea esencialista que corre a través del pasado o, por parte de él. Con el escrito histórico posmoderno- que se encuentra, en particular, en la historia de las mentalidades- se rompió por primera vez con esta tradición esencialista de siglos de vida- a lo que añadido de inmediato, para evitar cualquier patetismo o exageración, que me refiero aquí a las tendencias y no a rompimientos radicales-. La elección ya no recae en el tronco ni en las ramas, sino en las hojas del árbol. Según la visión posmoderna de la historia, el objetivo ya no es la integración, síntesis y totalidad, sino esos trozos históricos que son el centro de atención... Si deseamos adherirnos de todos modos al esencialismo, podemos decir que la esencia no está en las ramas, ni en el tronco, sino en las hojas del árbol histórico... Esto me lleva al punto principal de este capítulo. Es característico de las hojas que estén sujetas con relativa precariedad al árbol, y que cuando llega el otoño o el invierno se las lleve el viento. Por diversas razones, podemos asumir que el otoño llegó a la historiografía occidental. En primer lugar, está por supuesto la naturaleza posmoderna de nuestra propia época. Nuestro antiesencialismo- o, como popularmente se llama en estos días antifundacionalismo- redujo nuestro compromiso con la ciencia y la historiografía tradicional... El viento frío que- de acuerdo con Romein- sopló alrededor de 1900 al mismo tiempo tanto en Occidente como en Oriente, al final se llevó las hojas de nuestro árbol histórico también hasta la segunda mitad del siglo XX.⁵

Así. De plano. En menos de doscientos años, el frío viento del fracasado racionalismo moderno, nos dejó con una historia que finalmente fue incapaz de conectar científicamente el presente de sus hojas recién caídas, ni tampoco con las ramas que las sujetaron en un principio o con el tronco que las debiera poder explicar y hacer suyas. Por lo tanto, la postura de Ankersmit se vuelve hacia el mito y lo sublime como un puente entre el pasado que ya no existe y el presente que se quiere entender a sí mismo. Entendimiento que estaría basado en la re-lectura ("rejuego") de las huellas -hojas- sin mayor contemplación de su contexto, "Lo que sigue ahora para la historiografía occidental es reunir las hojas que se cayeron y estudiarlas, sin importar sus orígenes".⁶

En cuanto al tercer nivel de análisis, este tiene que ver con qué tipo de recolección de hojas queremos -y podemos- llevar a cabo: una posibilidad es que sea científica, la otra, a-científica. Para lograr lo segundo, el autor señala que lo que se necesita es "pensar el pasado más que seguir investigándolo". Las evidencias y pruebas empíricas ya no son suficientes, Ankersmit quiere asumir el desacople entre el presente y el pasado, en una postura más cercana al equilibrio estético-mítico pero sin negar los vínculos necesarios y pertinentes con un racionalismo acientífico, tolerante, honesto. Nueva fusión metodológica que no niega los atributos del pensamiento racional y empírico, pero también entiende que la auto-crítica es básica para la salud de cualquier empresa epistemológica. La integración de múltiples variables requiere de sistematización y jerarquías, pero también de saber que los errores son altamente productivos.

"El posmodernismo no rechaza el escrito histórico científico, sino solo llama nuestra atención al círculo vicioso de los modernos que nos haría creer que nada existe fuera de él. Sin embargo, fuera de él se encuentra el reino entero del propósito y significado histórico".⁷

¿Será entonces posible plantear que la matriz del historicismo (como un sistema de asignación de valor) y parte de la posmodernidad historiográfica (como otro sistema de asignación de valor), son algunos de

los contornos o límites de este nuevo umbral-canon (o saco teórico) desde el cual entender la práctica historiográfica? ¿Será la disputa por la historicidad -sea esta elitista, popular, subalterna- esencialmente la discusión por el canon? Ya sabemos que este autor ha planteado que la teoría historiográfica posmoderna sería una radicalización del historicismo y una búsqueda de los elementos cercanos al mito. Por todo lo anterior es que creemos posible pensar que la pregunta por el canon es la pregunta por la posmodernidad y por lo que ha quedado de los último 2500 años de historia(s) de la historia. La pregunta queda planteada entonces: ¿Qué hojas historiográficas debemos recoger?

Establecida la urgencia por pensar qué hojas -o conjunto de ellas- constituyen las posibilidades de reflexionar y escribir nuestro pasado, es importante también revisar cómo les asignamos valor a dichas huellas, y cómo entendemos/asumimos la transferencia valórica desde nuestras propias limitaciones individuales hacia ese ayer que se nos devela y abre en los vestigios que consideramos como permitentes.

En esa línea, dos formas de entender cómo se puede usar y caracterizar el concepto de ajuste o selección valórica en la disciplina histórica, son las trabajadas por Frank Kermode y Martín Jay. En sus libros *Formas de atención e Historia y valor*, Kermode establece una pregunta en el campo de la historia del arte y de la literatura que se ajusta plenamente a lo que nosotros estamos intentando plantear: “¿Por qué medios atribuimos valor a las obras de arte y de qué manera nuestras evaluaciones afectan nuestra forma de entenderlas?”. Como respuesta, se propone una suerte de vitalidad y movimiento al interior de los cánones literario y estético. Admite, además, que para entrar en el juego conceptual, es debido entender que hay dos límites fundamentales: uno que ve el canon como un conjunto o una selección rígida, establecida y sin posibilidad de cuestionamiento (canon duro) y otro que corresponde a la versión más flexible y resiliente (canon blando)⁹.

Por otra parte, Kermode reconoce que también se puede entregar valor a partir de procesos de relectura que distingan qué variables y qué manifestaciones,

“qué trozos de memoria”, (por cierto inusuales) pueden y deben quedar dentro del orden del discurso y por ende recibir “formas de atención especiales” por parte de la crítica y los historiadores. Para ello menciona dos estrategias: i) el establecimiento de cánones de obras particulares y ii) a partir de la invención de períodos históricos. A su vez, uno también podría pensar que otras formas de instaurar criterios de selectividad pueden ser la generación de hipótesis fuertes, las interpretaciones tendenciosas, la celebración de personajes carentes de significancia, la exclusión bibliográfica, las preferencias ideológicas extremas, etc; en síntesis, todas aquellas estrategias que permiten potenciar la falsedad a partir del manejo de la memoria.¹¹

La segunda forma de entender el debate por el concepto de canon, y ya dentro de lo que es directamente un trabajo de historiografía intelectual, es constatar como lo hace el historiador estadounidense Martin Jay los peligros frente al conocido y repitente hábito humanista de legitimar el trabajo propio citando grandes nombres de la disciplina a la que se pertenece; es decir, haciendo (mal)uso de la selección de autores y debates que son reconocidos como legítimos y con suficiente historicidad como para ser debatidos y posteriormente incorporados o transferidos socialmente. Para ello, Jay señala que es clave tener siempre presente las pretensiones de validez y las argucias tropológicas que normalmente se unen con las ya conocidas voluntades de poder de todo enfoque metódico que se materializa exclusivamente en el nombrar -cánones de cualquier orden- y con eso se evita la verificación rigurosa de las posibilidades y argumentos señalados.¹² Lo importante sería, entonces, asumir que la inspiración y/o la autoridad de cualquier texto u artefacto histórico -su legítima historicidad- estaría definida en una primera instancia por la capacidad referencial del problema y su actual vigencia dialógica, y en una segunda etapa por un control estricto -por parte del historiador- de la opacidad lingüística y de las voluntades de poder en cuestión: la suya y la de sus referentes. En síntesis, y por todo lo anterior, se podría establecer el argumento que en el cruce entre la urgencia o nueva realidad posmoderna del texto histórico según Ankersmit, con la asignación valórica presentada por Kermode y el cuidado referencial planteado por Jay,

estaría posiblemente una opción para pensar a cerca de las certezas e incertidumbres de una historia-grafía para el siglo XXI.

2. Historiografía intelectual chilena

Ahora bien, aplicando esta discusión acerca de la posmodernidad historiográfica, el uso del concepto canon y la necesidad de un "nuevo saco teórico" al caso de la historiografía chilena, resulta muy oportuno visualizar cómo estas categorías tensionan cualquier visión que se quiera asumir sobre el medio histórico-gráfico nacional. Dinámica que, de paso, esperamos ayude a seguir debatiendo sobre esta particular aunque todavía dispersa auto-reflexividad o giro crítico de la historiografía chilena¹³. Decimos esto, porque cuando la historiografía intelectual se vuelve sobre sí misma, más que generar la clásica tautología -historia de la historia-, lo que se logra es la visualización de temas, problemas, hipótesis y personajes sobre los cuales se sostiene cualquier aplicación posterior de los métodos históricos.

En esta línea, si visualizamos como un posible conjunto los libros de Julio Pinto, *Cien años de propuestas y combates. La historiografía chilena del siglo XX* (2006), el de Sergio Villalobos Ribera *La Historia por la historia* (2007) y los dos tomos de Cristián Gazmuri titulados *La Historiografía Chilena 1842 - 1970* recientemente publicados entre 2007 - 2009, nos daremos cuenta que este ejercicio comparativo nos puede servir como diría Kermode, como un excelente punto de partida y apoyo -uno muy práctico- a la hora de vislumbrar algunas de las actuales posibilidades o formas de re-pensar de la historiografía académica chilena.

Por de pronto los tres textos, cada uno a su manera, plantean selecciones autorales, cronologías interpretativas, criterios de contenidos y problemáticas varias para entender e interpretar sus propias versiones de lo que podría ser una/otra historia de historiografía a lo largo del siglo XX¹⁴. En síntesis, cada uno de estos libros puede ser considerado como una pre-selección de hojas (como diría Ankersmit) que debe ser analizada

para ver qué podemos y queremos mantener en nuestro presente; como señalamos al comienzo de este ensayo, *el canon se entiende hoy a comienzos del siglo XXI, como un gesto-provocación -un umbral ficticio- que se materializa y sólo puede ser, a través de la soberanía del instante y la aporía.*

A nuestro parecer, una de estas obras representa todo lo que hay evitar, la otra simboliza el modelo tradicional (aunque no es su mejor versión) y la tercera es un claro ejemplo de las virtudes que se pueden desprender del ejercicio de entender la y diferenciar las prácticas al interior de la propia disciplina que se enseña, escribe y practica. El libro de Sergio Villalobos, *La Historia por la historia*¹⁵, es un ejemplo claro y elocuente de lo negativo que puede llegar a ser el trabajo de un historiador. Inspirado por un afán confuso y violento por ubicar y evaluar de forma taxativa y absolutista las diferencias ideológicas y filosófico-metodológicas que no entiende, Villalobos evaluó a cada uno de los autores que analiza en su libro como si él fuera el único y todopoderoso juez de los infiernos; sobre todo con respecto de la escuela marxista o con los "izquierdistas" como él los prefiere llamar¹⁶. Más allá de las diferencias o complicidades que se puedan tener con los textos analizados, el trabajo de este premio nacional de historia, parece ser un último intento por escribir una historia de la historiografía chilena usando exclusivamente la soberbia como la unidad de medida¹⁷.

En cuanto al nivel de los juicios desplegados, hay varios y constantes ejemplos de lo despectivo que se puede tornar el discurso historiográfico cuando se apropia de él un ímpetu resentido y agrio: Hernán Ramírez Necochea es un dominado por el Partido Comunista, Leonardo León es un creador de "sub hipótesis"¹⁸, Gabriel Salazar es un profeta que recolectó "algunos datos" en *Labradores, Peones y Proletarios*¹⁹ y que da explicaciones pobres y desordenadas, José Bengoa no consideraría avances técnicos ni bibliográficos (no se menciona cuáles), el sujeto popular está en coma, hace alusión a "nuestros populistas"²⁰, los historiadores más jóvenes no son más que "tecnócratas del pasado", la historia de género²¹ tiene tan sólo un par de párrafos en el gran libro de la historia universal, la historia de

las mentalidades no es para tanto, la historia del cuerpo es sólo una posibilidad más; en pocas palabras, según el autor no mucho más que curiosidades y pérdida de energías²². Así mismo, titula las partes de su ensayo con referencias como: "El fracaso del pensamiento marxista", "El Pecado Estructuralista", "Fascinación y utilidad de las modas", "La obsesión populista". Incluso llega al punto de pretender ajustar cuentas con Fernand Braudel y Annales sobre el concepto de estructura²³. El énfasis de los subtítulos recién mencionados es nuestro.

Con un pésimo diseño y muy poca prolijidad editorial: el libro no tiene ningún tipo de índice, hay varias faltas de ortografías, la disposición del contenido es difícil y fragmentada por la excesiva subdivisión de los párrafos, asuntos que finalmente acentúan la poca coherencia de la crítica que se pretende. Autorreferente al extremo, con más de veinte auto-citas además de comentarios a casi cada una de sus obras, este ensayo largo termina por transformarse en el relato amargo y confuso de un historiador que no se acomoda a su presente. La *Historia por la historia* es un trabajo que se aleja considerablemente de lo que alguna vez fue el ya mítico prólogo de la *Historia del Pueblo Chileno*, "La historia que proponemos" de 1980, constituyendo un claro ejemplo de lo que se debe evitar a la hora de pensar un reflexión amplia, honesta y constructiva sobre la naturaleza de la propia disciplina. En corto, este trabajo confunde lo que es la discusión y análisis de ideas con la historia de las diatribas y conflictos personales que son tan habituales en el día a día de los pasillos de las escuelas de historia. No hay que olvidar el argumento de Hervé Martin y Guy Bordue en su libro *Las Escuelas Históricas* de que el prototipo del académico-burócrata del siglo XIX fue la figura del historiador. Por lo tanto, ninguna hoja que recoger.

Con respecto del libro de Gazmuri *La Historiografía Chilena 1842 - 1970*²⁴ si bien enciclopédico y muy útil en cuanto a la cantidad de referencias, ordenamientos y fichaje se refiere, en términos del análisis y de los contenidos interpretativos, este libro no logra hacer la diferencia. Genealógicamente es notable y puede considerarse lo mejor que hay en relación a la historiografía chilena académica desde su fundación

a mediados del siglo XIX hasta el año 1970. A su vez, hay muy buena cantidad de información sobre la vida y la dimensión humana de muchos personajes claves de nuestra disciplina.

A lo largo de toda la segunda parte del libro, y especialmente en el capítulo XXIV, titulado "Conclusiones sobre la historiografía chilena y los historiadores que produjeron entre 1920 y 1970 su primera obra historiográfica y que en algunos casos escriben hasta el presente", Gazmuri plantea una comparación que es muy oportuna pero que lamentablemente queda incompleta por propia voluntad del autor. Dicho ejercicio lo desarrolla a través de la caracterización -temática y cuantitativa- entre los años 1920 y 1970 de la profesión histórica; para ello se mencionan tendencias como el Hispanismo, el social-cristianismo, el Nacionalismo Conservador, el Socialismo, el Marxismo y el materialismo histórico, la influencia de *Annales*, el estudio del concepto de frontera, los nuevos géneros, la influencia de la ciencias sociales, las universidades y la Academia Chilena de la Historia. Así mismo, se nombran la diversificación temática, el cambio en la hegemonía política y la abundancia historiográfica.

"El primer factor a hacer notar es la diversificación de la temática abordada por esta historiografía... Pero es preciso enfatizar que el abanico de los temas abordados era, hacia 1970, mucho más amplio que a comienzos del siglo XX. Tendencia que ha persistido hasta el presente y que continúan ampliándose... Además entre el siglo XIX y el XX vemos géneros historiográficos que suben y bajan en su importancia y productividad... En tercer término, entre 1920 y 1970, hubo una mucho más abundante producción historiográfica, en número de libros publicados por año, que entre 1842 y 1920."²⁵

En cuanto al análisis que hace este historiador sobre lo que fue la historiografía chilena después de 1920 llama la atención que Gazmuri destaque la profesionalización como un rasgo propio de esta cronología, en conjunto con el resentimiento, el arribismo social y la manipulación ideológica como factores importantes a la hora de perfilar la matriz de clase media que tendría la historiografía chilena.

"El revisionismo conservador de Edwards y Encina era aún más deficiente en este aspecto. Su <<intuición creadora>> transformó la historiografía chilena en una fórmula... Pero metodológicamente su historiografía-ensayística era pobrísima... Después de 1920, todo eso cambió. Como se vio, llegaron hasta Chile las metodologías historiográficas de las escuelas europeas y norteamericanas, para bien o para mal... En suma, la historiografía del periodo de 1920-1970 refleja, más que la del siglo XIX, las vertientes doctrinarias e intelectuales donde se nutrieron muchos autores y que la distorsionaron. La historiografía de Jaime Eyzaguirre, dada su <<visión de mundo>>, no podía llegar sino a las conclusiones que postula. Lo mismo vale para Ramírez Necochea, Vitale, Segall, Sergio Fernández Larrain, Osvaldo Lira, Gabriel Salazar, y tantos otros... Este aspecto tuvo que ver con el cambio de origen social de los historiadores. Ahora jugaron el orgullo y el arribismo social, así como el resentimiento... Colaboró también el fenómeno de una mayor y a veces mejor producción historiográfica, el que ya hacia la década de 1970 la mayoría de los profesores universitarios jóvenes hacían y hacen posgrados en el extranjero, particularmente en Europa y EEUU, lo que les ha abierto un enorme campo a sus perspectivas culturales y su erudición... Otro factor que ciertamente ha influido en el aumento de la producción historiográfica y su diversificación, es el mejoramiento del acceso a las fuentes, tanto nacionales como internacionales... Un último aspecto que quiero mencionar en relación a la historiografía del periodo de 1920-1970 es el de la decadencia de las historias generales."²⁶

Por otra parte, existen varios problemas prácticos que afectan el resultado y la recepción final de los volúmenes. Por ejemplo, ambos tomos tienen más de 25 a 30 páginas de índices donde no siempre se evita la confusión en el criterio selectivo: ¿qué tienen que ver, por solo nombrar algunos ejemplos, Augusto Pinochet, Vicente Huidobro y Volodia Teitelboim en un libro sobre historia de la historia?; y en cuanto al contenido: ¿cómo es posible tener capítulos que sean de cinco líneas?²⁷ ¿porqué se posterga permanentemente el análisis (la muletilla "ya veremos") es recurrente en el desarrollo crítico de los contenidos; y por sobre todo, ¿qué hay

de las necesidades actuales de entender el pasado de la propia disciplina? ¿Cómo se articula el libro con las nuevas generaciones porvenir? Muy poco.

En esta línea, el mayor problema es que deliberadamente el autor prefiere evitar el análisis más contemporáneo y así solucionarse algunos posibles inconvenientes. ¿dónde queda la verdadera historicidad de los sujetos y problemas que nos interesan si cuando debemos elegir el marco temporal de estudio, lo hacemos pensando que hay que evitar los posibles conflictos personales?²⁸ ¿Qué hay de la autonomía del que escribe? En este caso, si bien las hojas son muchas, el problema es que seguramente la gran mayoría no durará lo suficiente.

Ahora bien, dentro de este inventado conjunto o grupos de hojas, la obra de Julio Pinto *Cien años propuestas y combates La historiografía chilena del siglo XX* (2006) es sin duda la más inteligente, provocativa y estimulante de las tres. Presentada por Ana María Argudin en el texto que abre el libro -"Advertencia"- como una "*antología* (que) recupera fragmentos de las obras consideradas como clásicos de la historiografía chilena"³⁰, la obra de Pinto funciona en dos niveles: i) el ensayo del compilador donde se organiza su recuento de los 4 momentos fundamentales y de algunos autores y obras que explicarían los combates y las propuestas claves de la escritura histórica chilena del siglo pasado. A su vez, este libro: ii) reedita una selección de diez escritos representativos de las distintas tendencias discutidas (la nacionalista conservadora, la marxista clásica, la estructuralista (en sus versiones académica e ideológica), la "nueva historia social", la "nueva historia cultural", la "nueva historia política", entre otras. Para ello se seleccionaron obras de Alberto Edwards, Jaime Eyzaguirre, Julio César Jobet, Mario Góngora, Gabriel Salazar, Alfredo Jocelyn-Holt, Heidi Tinsman, María Angélica Illanes, Gonzalo Vial y el trabajo colectivo titulado *Manifiesto de Historiadores* que reúne a varios autores en conjunto, de una gran lista de firmantes.

En la primera mitad del prólogo, Pinto discute lo que sería *su/otra* historia de la historiografía entre fines del siglo XIX hasta la aparición la escuela nacionalista-conservadora (1900-1940), para de ahí entrar en el

extenso subcapítulo “La historiografía como instrumento de cambio” donde distingue dos posibilidades: los marxistas clásicos (Jobet, Ramírez, Barria, Vitale, Ortiz) y los estructuralistas de la academia: Villalobos, Jara, de Ramón, Carmagani, Mellafe y Góngora. De tal manera, el trabajo de Pinto se va levantando como una narración lúcida y muy ordenada de lo que han sido algunos de “los combates y las propuestas” de la historiografía chilena del siglo pasado. En la otra mitad del prólogo, especialmente en sus subcapítulos titulados “Historiar en dictadura” y la “Batalla por la memoria”, el autor anticipó -aunque no desarrolló- nuestro planteamiento de que este giro crítico en la historiografía chilena demuestra cómo la paradoja histórico-epistemológica de la dictadura, las influencias historiográficas extranjeras, el perfeccionamiento de las nuevas generaciones, la redefinición del sujeto popular, los avances de la historia cultural y social, los estudios culturales y muchos otros aportes, han permitido imaginar una historiografía que sea capaz de levantar una/otra alternativa plena en términos de historicidad.³¹

Para ello Pinto desarrolla y privilegia un ajuste descriptivo de cómo se fue definiendo el encuadre de la nueva historia social, de su sujeto popular y de la epistemología del pueblo. A su vez, este autor es muy lúcido al mencionar el rasgo contradictorio que caracteriza actualmente el legado que dejó la dictadura en cuanto ajuste histórico y como desafío epistemológico.

“En suma, el periodo dictatorial terminó siendo para la historiografía chilena una experiencia de signo ambivalente. Si bien el quehacer disciplinario se vio fuertemente impactado por la arremetida represiva y refundacional, de allí mismo surgieron respuestas complejas y dinamizadoras... Este efecto se vio reforzado por la creciente profesionalización de la investigación histórica, consecuencia de la organización definitiva de los programas de posgrado y de los fondos estatales de apoyo a las investigaciones que tuvo lugar durante la década de 1980. De este modo, la dictadura, o más bien las resistencias que ella despertó, dejaron a la postre un legado que por más de algún concepto resultaba digno de rescatar.”³²

Por último, en el subcapítulo titulado con el mismo nombre del libro de María Angélica Illanes “La Batalla de la memoria”³³, el autor hace referencia a cómo hoy en día lo que caracteriza nuestra realidad post histórica, sería la disputa por la nueva y legítima historicidad de los sujetos historiables. En esta línea, otro aspecto muy importante del prólogo-ensayo de Pinto, y que de paso permite caracterizar aun mejor este supuesto giro crítico, es la referencia a la recuperación de espacios y a la “maduración historiográfica”, como también la alusión al surgimiento de la “nueva historia social”, “la nueva historia política” y la “nueva historia cultural” en conjunto con varios grupos y/o generaciones de historiadores que se van encadenando en una posta invisible hasta lo que Pinto llama la “explosión historiográfica de los noventa” y el “florecimiento” y proyección de la Nueva historia social³⁴. Sin embargo, no se entiende por qué Pinto restringe -dentro de este “florecimiento”- la importancia y el alcance de lo que él denomina la “derivación francamente posmoderna”. Ya sabemos, que es imposible hacer la afirmación “yo/tu/nosotros” “soy-eres-somos” un “sujeto subalterno”, por lo que limitar la historicidad a un solo agente histórico, sea este cuál sea, es lo mismo que estar hablando de mono-causalidad: es decir, de exclusión y hegemonía. En síntesis, y más allá de las críticas, este libro es un gran trabajo y queda mucho que rescatar en cuanto a sus posibilidades interpretativas.

¿Qué debemos hacer, historiografía?

Hecho este recuento sobre lo que implica pensar que el debate por la posmodernidad historiográfica equivale al debate por el canon, es importante reafirmar que el uso de este concepto debe ser como un encuadre o marco interpretativo siempre inestable. De ahí que al usar cualquier de los tres textos sobre la historia de la historia chilena, se deba partir de la base que todo ejercicio u operación historiográfica, es un mecanismo de selección valórica y posteriormente, puede llegar a ser un artefacto epistemológico.

En esta línea debe entenderse como obligatorio, asumir que todo conocimiento como también las formas de

adquirirlo, varían con el tiempo. Como señala Hayden White, "El concepto de historia incluye un concepto de lo que es el conocimiento histórico que se sabe siempre provisional y abierto a la revisión".³⁵

Certezas

1. La posmodernidad amenaza fuertemente las bases del hombre moderno, pero a su vez, lo impulsa hacia el movimiento y la autoconciencia.
2. La definición de historia y, por lo tanto de historiografía, cambia permanentemente, lo que obliga a su ajuste de forma periódica.
3. La historiografía chilena sufrió grandes ajustes epistemológicos.
4. Desde 1980 en adelante, la disciplina histórica en Chile, se encuentra en un sano momento, desde el cual puede reformular grandes desafíos.

Incertidumbres

1. ¿Es posible seguir pensando que los historiadores deben escribir historiografía?
2. ¿Sigue siendo el pasado como historia, una posibilidad de pensar el Estado Nacional como un proyecto colectivo?
3. ¿Es posible pensar que la radicalización del historicismo nos puede ayudar en este desafiante contexto posmoderno?
4. ¿Se puede seguir hablando de historiografía?

Es así como en la oposición de los dos epígrafes que abren este ensayo, el de los certeros e iluminados Langlois y Seignobos, como en el del trágico y romántico Frank Ankersmit, es que se ubica hoy el centro del trabajo histórico y la voz media que nos puede dar el acceso a la verdadera comunicación historiográfica.

Bibliografía

- Frank Ankerstmit, *Historia y Tropología. Ascenso y Caída de la Metáfora*, México, FCE, 2005.
Experiencia Histórica Sublime, Santiago, Palinodia, 2008.
- Frank Kermode, *Historia y Valor*, Barcelona, Ediciones Península, 1990.
Formas de Atención, Barcelona, Gedisa, 1988.
- Dominick LaCapra, *Representar el Holocausto*, Buenos Aires.
- Matin Jay, *Campos de Fuerza. Entre historia intelectual y la crítica cultural*, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- Michael Payne, *Diccionario de Teoría Crítica y Estudios Culturales*, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Hayden White, "Foreword", en Reinhardt Koselleck, *The Practice of Conceptual History. Timing History, Spacing Concepts*, Stanford, Stanford University Press, 2002.
- Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991.
- Sergio Villalobos R., *La Historia por la historia*, Valdivia, Universidad de Valdivia, 2007.
- Cristián Gazmuri, *La historiografía chilena 1842 - 1970*, Santiago, Taurus, 2007-09.
- Julio Pinto, *Cien años de propuestas y combates. La historiografía chilena durante el siglo XX*, México, Universidad Metropolitana, 2006.
- Luis G de Mussy R., *Balance historiográfico chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual*, Santiago, Ediciones Universidad Finis Terrae, 2007.

Citas

1. Este comentario crítico desarrolla algunas consideraciones sobre el debate actual en torno al desafío posmoderno y la posibilidad de hacer y escribir historiografía. A su vez, se proponen algunas aplicaciones de la discusión al ámbito de la historiografía intelectual chilena. Nos excusamos de ante mano por la extensión de algunas de las citas; su utilización busca entregar información al lector para poder contextualizar la gestación y recepción de las discusiones involucradas.
2. Luis Gueneau de Mussy es Ph. D. *London*. Actualmente se desempeña como investigador y académico de la Escuela de Historia y del CIDOC

- pertenecientes a la Universidad Finis Terrae. También es profesor de la Universidad Metropolitana de las Ciencias de la Educación. Dirige *Papel Máquina. Revista de Cultura*. Entre otros títulos ha publicado, (Ed.) *Balance historiográfico chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual*, Santiago, Ediciones Universidad Finis Terrae, 2007; (Co-Ed.) *Enrique Gómez Correa. Sociología de la Locura*, Santiago, Cuarto Propio, Consejo Nacional del Libro, 2006; *Cáceres, el mediodía eterno y la tva de pruebas*, Santiago, Cuarto Propio, 2005; (Co-Ed.) *Teófilo Cid, Soy Leyenda*, Santiago, Cuarto Propio, 2004; *Mandrágora, la raíz de la protesta o el refugio inconcluso*, Oaxaca, Oasis, 2001.
3. Frank Ankersmit, "Historiografía y Posmodernidad" en *Historia y Tropología. Ascenso y caída de la Metáfora*, México, FCE, 2005. pp. 315 - 319. Las negritas son nuestras. En cuanto a la renovación teórica planteada por Ankersmit en particular, su trabajo ha estado bajo las influencias de Hayden White y Richard Rorty, como él mismo lo ha manifestado. En pocas palabras, la postura teórica de Ankersmit se puede entender el texto histórico como una suerte de artefacto o construcción estética más que científica, pero analizable en cuanto conjunto de proposiciones lingüístico-racionales. Sin embargo, lo que más nos importa -más allá de la opción ya descrita- es la *necesidad* por la renovación y el ajuste epistemológico que plantea este historiador, una vez hecha bien la pregunta, las respuestas puede comenzar a llegar.
 4. Este punto es muy polémico ya que Ankersmit aquí postula que un claro ejemplo de este estudio por las hojas del árbol, son los trabajos de Carlo Ginzburg y Natalie Zemon Davis en conjunto con la escuela micro histórica en Europa y en Estados Unidos. Argumentación que para el historiador italiano es inaceptable y propio de lo que él llama despectivamente "la escuela escéptica". Ejemplo de esto, fue el debate organizado por la Escuela de Historia entre Ginzburg y Ankersmit en la Biblioteca Nacional de Chile en noviembre del año 2008. Ver el artículo de Pablo Marín "A esta hora se debate", en *La Tercera, Cultura*, 15 Nov., 2008. Pp. 12 - 13. www.ankersmitenchile.blogspot.com
 5. "Aquí la historia ya no es la reconstrucción de lo que nos sucedió en las diversas etapas de nuestras vidas, sino un rejuego continuo con los recuerdos de ello. El recuerdo mismo tiene prioridad sobre lo que se recuerda. Algo parecido sucede con el escrito histórico. La búsqueda salvaje, avariciosa e incontrolada del pasado, que nace del deseo de descubrir una realidad pasada y reconstruirla de modo científico, ya no es la tarea incuestionada del historiador. Haríamos mejor en examinar el resultado de una búsqueda de ciento cincuenta años de forma más atenta y preguntarnos más a menudo que viene a ser todo esto. Nos ha llegado la hora de pensar sobre el pasado más que *investigarlo*..." Frank Ankersmit, *op.cit.*, p. 348. El énfasis es del autor. Las negritas son nuestras.
 6. Frank Ankersmit, *op. cit.*, p. 344. En esta línea es muy útil no olvidar lo que señalaba Jacques Le Goff cuando postuló que "todo documento es monumento" y que "todo documento es mentira". Ver J. Le Goff, *El orden de la Memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991. p. 238.
 7. Frank Ankersmit, *op. cit.*, p. 351. El énfasis es del autor. Las negritas son nuestras.
 8. "El planteamiento es ampliamente histórico: buena parte de lo que digo está relacionado con los procesos por los cuales establecemos una buena opinión para un trabajo o un artista que por lo general precede los esfuerzos más enérgicos de crítica e interpretación, es decir, la naturaleza de las fuerzas históricas que certifican que algunos trabajos y no otros requieren o merecen estas formas de atención especiales... La historia de estos objetos inusuales que desaparecen del canon, en realidad desaparecen de la vista, pero son restituidos después de largos periodos de negligencia, me parece una buena manera de entrar en discusión..." Frank Kermode, *Formas de Atención*, Barcelona, Ed. Gedisa, 1988. p. 15.
 9. El concepto resiliencia lo entendemos como la capacidad de recuperación y/o el resorte que permite la recuperación después de haber recibido algún tipo de golpe o complicación. Kermode no hace mención del término. Otro ejemplo de una versión dura del canon, es el caso de Harold Bloom y su intransigente celebración de Shakespeare en *El Canon Occidental* como el centro de nuestro universo imaginativo y conceptual moderno. Ver Michael Payne (Comp.) *Diccionario de Teoría Crítica y Estudios Culturales*, Buenos Aires, Paidós, 2002.
 10. Cuando hablamos de *Orden del Discurso*, se está haciendo una directa referencia la conferencia inaugural de Foucault al Collège de France en 1970.
 11. "Tal vez la mejor imagen para la manera en que infundimos valor a éste y no a aquel trozo de memoria sea la novela de Proust: surgiendo de los indeterminados, desmembrados hechos de la Historia, el núcleo del recuerdo convertido en canon; surgiendo de la Historia, el valor." Fran Kermode, *Historia y valor*, Barcelona, Ediciones Península, 1990. pp. 189-190.
 12. Martín Jay, *Campos de Fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural*, Buenos Aires, Paidós, 2003. Ver especialmente el capítulo 13 "Citar a los grandes o prescindir de los nombres. Modo de legitimación en el campo de las humanidades", pp. 309 - 330.
 13. Cfr. Luis Gueneau de Mussy, *Balance Historiográfico Chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual*, Santiago, Ediciones Universidad Finis Terrae, 2007. La tesis central de este libro es que desde la década de 1980 hasta el presente, la historiografía académica ha mantenido una constante aunque dispersa auto reflexividad teórica. Para ver alguna críticas a esta propuesta Miguel Valderrama, "Bartleby o la Historia" en *Revista de Ciencias Sociales*, No. 4/5, Santiago, Editorial Universidad Arcis, 2008; Alejandra Castillo, "Comentario a Balance Historiográfico Chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual" en *Mapocho*, y la reseña de Pablo Aravena, "Balance Historiográfico Chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual", en www.uvm.cl, CEHI, Viña del Mar, 2008.
 14. En el caso de Sergio Villalobos, este libro no cubre todo el siglo XX pero el autor sí lo conecta con sus otros trabajos sobre historiografía chilena del siglo pasado.
 15. Sergio Villalobos Rivera, *La Historia por la Historia. Crítica de la historiografía actual*, Universidad de los Lagos, 2007. La referencia a historiografía es de Villalobos.
 16. "Casi ninguno acepta su identificación con el comunismo y menos pertenecer al partido respectivo; prefieren ser reconocidos como izquierdistas, una expresión hartamente amplia y, al parecer, adecuada. Por esa razón, les daremos en el gusto y los denominaremos izquierdistas, dejando constancia de que el trasfondo se encuentra el materialismo histórico... El sujeto revolucionario está en coma", Sergio Villalobos, *op. cit.*, pp. 26 - 27. El destacado es nuestro.
 17. "Ha llamado la atención de muchas personas que la introducción a la *Historia del pueblo chileno* al tratar de la historiografía nacional no

me refiriese a la tendencia marxista. No lo hice por que el año de su publicación, 1980, sus figuras más representativas eran perseguidas o se encontraban en el extranjero en una situación inhumana. Me pareció, entonces, que hacer una crítica descarnada habría sido cruel y desconsiderada para quienes estaban en el suelo. Ahora, en cambio, puedo hacerlo con libertad de conciencia y prosiguiendo hasta el día de hoy... Personalmente he criticado las antiguas tergiversaciones de la historiografía liberal y la conservadora y ahora lo hago con la marxista", Sergio Villalobos, op. Cit., p. 9 y 26

18 "Entre los cultores de esa tendencia se encuentra el profesor Leonardo León, habilidoso constructor de subhipótesis, que en su pensamiento podrían confluir en interpretaciones mayores. Sergio Villalobos, op. Cit., p. 87. El destacado es nuestro.

19. "Gabriel Salazar en *Labradores, peones y proletarios* (1985), reunió algunos datos sobre la situación del bajo pueblo a fines de la Colonia y comienzos de la República, que manifestaban "ciertos grados de prosperidad"... Pensar en el fatalismo económico y social es una explicación muy pobre... Cabe preguntarse, una vez más, si estas no son respuestas desordenadas causadas por la ausencia de la lucha de clases y la pérdida del sujeto revolucionario... En un artículo reciente, publicado en *Cuadernos de Historia* (número 25, marzo de 2006) Salazar abandona el estudio del pasado, tomando la voz vehemente del revolucionario y del profeta, para incitar a un movimiento que establezca un Tribunal de la Historia "que derribe las estatuas de los falsos héroes, de todos los antidemócratas que se han apoderado de la 'historia patria' (dictadores, traidores del pueblo, líderes de la 'chisma', demagogos, oportunistas, violadores de los derechos humanos, ladrones solapados, etc.), para instalar la planicie monumental del pueblo anónimo", Sergio Villalobos, op. Cit., pp. 97, 100-101. Las cursivas son del autor. El destacado es nuestro.

20. "A nuestros populistas su refugio intelectual les da un ambiente para condenar y protestar, valiéndose de temas del pasado, porque hoy día sus ideas resbalan por la superficie. Suelen tener algún éxito en las salas de clases de ciertas universidades y en conferencias y congresos donde grupos de jóvenes desean ser convencidos de sus propias convicciones. En privado son más discretos y más ductiles" Sergio Villalobos, op. Cit., pp. 85-86.

21. "Queremos plantear un problema: ¿Qué cabida tienen en la historia general los temas de la mujer? ¿Un par de párrafos? ¿Unas cuantas líneas?", Sergio Villalobos, op. Cit., p. 50. El destacado es nuestro.

22. "En medio de estas curiosidades (haciendo referencia a una importante cantidad de avances realizados en los últimos 35-50 años) hay que preguntarse si no hay temas de mayor trascendencia y si no hay desperdicio de esfuerzo", Sergio Villalobos, op. Cit., p. 55. El destacado es nuestro.

23. "Este planteamiento lo desarrollé en el primer tomo de la *Historia del pueblo chileno*, supongo que con suficiente claridad, pero suele leerse sin comprender o bajo imprecisiones deformadas... En aquel tomo señalé, además, algunas distancias con el estructuralismo originario. La propensión de los *Annales* y de los investigadores cercanos hacia la historia económica y social, era subsanada concediendo un rango importante a la cultura, la política y la actuación de los personajes. Equilibraba de ese modo todos los aspectos de una historia "global"... Esa visión histórica, tan cercana al estructuralismo, marcaba, sin embargo, algunas diferencias y por esa razón estimé necesario darle un nombre específico, "*historia de los grandes procesos*", que es algo pretencioso." Sergio Villalobos, op. Cit., p. 42

24. Cristián Gazmuri, *La Historiografía Chilena 1842-1970*, (Dos Tomos), Santiago, Taurus, 2007 y 2009.

25. Cristián Gazmuri, op.cit., p. 101

26. Cristián Gazmuri, op.cit., pp. 101-103. Este ensayo analiza el tomo II.

27. Cristián Gazmuri, op.cit., Capítulo XLIV "Historiografía de la historiografía".

28. "El segundo tomo abarcará los años 1920-1970. No más adelante porque entraríamos a tratar la obra de muchos autores que aún están vivos y más de uno produciendo. Esto impediría un enfoque a toda su obra y me traería, seguramente, más de un problema personal", Cristián Gazmuri, op. cit., p. 13

29. Julio Pinto, *Cien años de propuestas y combates. La Historiografía Chilena del siglo XX*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2006.

30. El énfasis es nuestro.

31. Si bien el caso más conocido en Chile durante los últimos años es el de la llamada Nueva Historia Social, esto no restringe el espacio para otro tipo de enfoque histórico. "Así redefinido su sujeto, la Nueva historia social procuraba rescatar al conjunto de los sectores populares más que otorgar un privilegio epistemológico al segmento más organizado, politizado o "consciente" que tradicionalmente se identificaba con el proletariado. Esto implicó el reconocimiento de una serie de actores antes soslayados, como las mujeres, los campesinos, los indígenas, los artesanos o los bandoleros. Implicó también un énfasis en las luchas y vivencias cotidianas más que la pura epopeya popular, así como un desplazamiento cronológico de los estudios a etapas anteriores al siglo XX, que por ser el momento de la aparición del proletariado había sido el privilegio por las primeras historias obreras. Se trató igualmente de hacer una historiografía "desde abajo", donde comparecieran no sólo los líderes o los ideólogos sino el conjunto del espectro popular. Y se reemplazó, finalmente, el interés por las grandes estructuras a favor de una mayor atención hacia la historicidad de los sujetos, o como lo diría María Angélica Illanes en un balance retrospectivo de este nuevo enfoque disciplinario, se antepuso el estudio de las personas al estudio de las cosas", Julio Pinto, op. Cit., pp. 85-86.

32. Julio Pinto, op. Cit., pp. 87-88.

33. "Porque la *batalla por la memoria* consiste en esto: en reconstruir -a través de la re-escritura crítica de la memoria- nuestra pertenencia a algún proyecto histórico capaz de reunir las piezas de nuestra fracturada tribu, reagrupando nuestras fuerzas para tantas otras batallas que habrán de seguir. Solo de este modo, los jóvenes que cayeron -soñadores de un mundo mejor- cobrarán vida, al paso que retomaremos la hebra de nuestra perdida historicidad. En suma, la batalla de la memoria es, hoy día, la "batalla de Chile"', María Angélica Illanes, *La batalla de la memoria. Ensayos históricos de nuestro siglo: Chile, 1900-2000*, Santiago, Planeta, 2002. p. 16. Las cursivas y las comillas son de la autora.

34. "Por otra parte, y reforzando este proceso de recuperación de espacios y maduración historiográfica, los años noventa también fueron testigos de un florecimiento y proyección de la Nueva historia social. Los autores ya consagrados siguieron publicando, al tiempo que comenzaban a adherir a sus propuestas investigadores más jóvenes que en algunos casos desarrollaron extrapolaciones novedosas a partir del tronco original. Como ejemplos del primer grupo pueden enumerarse nuevos trabajos de Gabriel Salazar... María Angélica Illanes ... Julio Pinto ... Sergio

Grez... Mario Garcés... Entre el relevo generacional puede nombrarse a Jaime Valenzuela e Igor Goicovic ... Fruto de una polémica política de privatización de la enseñanza superior emprendida por las autoridades militares a partir de 1981, hasta en esos ámbitos, paradójicamente, comenzaban a escucharse y cultivarse las "nuevas lenguas" historiográficas... En este grupo inscribe la "Nueva historia política", identificada con autores como Alfredo Jocelyn Holt, Joaquín Fermandois, Verónica Valdivia, Sofía Correa, Ana María Stiven, Luis Corvalán Márquez, a quienes habría que agregar el aporte de extranjeros como el brasileño Alberto Aggio y los estadounidenses Brian Loveman y Paul Drake, los dos últimos ya nombrados en el contexto de la primera generación de "chilenistas" extranjeros... Como reconfiguración de antiguas líneas temáticas también habría que considerar la "Nueva historia cultural", representada por el ya nombrado Alfredo Jocelyn- Holt, así como por Maximiliano Salinas, Isabel Cruz, Bernardo Subercaseaux y Carlos Ossandón, pudiendo agregarse cultores más jóvenes como Fernando Purcell, Marco Antonio Leon, Manuel Vicuña y la producción más reciente de Jaime Valenzuela... Tanto en la "Nueva historia política" como esta "Nueva historia cultural" los antiguos enfoques positivistas estrictamente "intelectualistas" cedieron lugar a nuevas miradas sobre los procesos estudiados, con un grueso aporte de otras ciencias sociales, como las ciencias políticas, la antropología o la semiótica... Así tenemos el caso de Maximiliano Salinas, quien transita simultáneamente por la historia, la antropología, el folclor y la teología; o el de Carlos Ossandón, tensionado entre la historia, la filosofía, la semiótica y la teoría comunicacional; o finalmente de Isabel Cruz, quien se nutre de la historia del arte y la estética. Un historiador que hasta cierto punto resume en su obra algunos de los aspectos más visibles de la renovación experimentada por la historia política y la historia cultural, y que además se convirtió en uno de los exponentes más conocidos de la disciplina durante la primera década de transición democrática, fue Alfredo Jocelyn-Holt. Esta somera revisión de lo que podría denominarse la "explosión historiográfica de los noventa" –en la cual ciertamente, y por evidentes razones de espacio, no se ha podido nombrar a *todos y todas* las participantes- podría llevar a concluir que la transición chilena si se prestó para que eclosionaran los gérmenes incubados en la etapa anterior, y para que tuvieran acogida llamados como los Jocelyn-Holt a restaurar la centralidad de la disciplina en el debate público. En un primer momento, sin embargo, las cosas no se dieron precisamente así... Más allá de las fronteras estrictamente profesionales, en cuyo interior se estaba produciendo esta proliferación (pero también, en una derivación francamente "posmoderna", esta fragmentación y dispersión) de estudios, la sociedad chilena no se mostró muy receptiva a los discursos, y muchos menos a los combates, por la recuperación de la memoria". Julio Pinto, *op. Cit.*, p. 96 - 99

34. Hayden White, "Foreword", en Reinhart Koselleck, *The Practice of Conceptual History. Timing History, Spacing Concepts*, Stanford, Stanford University Press, 2002.